



LA METAMORFOSIS

I

Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de un sueño inquieto, se encontró en la cama convertido en un monstruoso insecto. Yacía sobre su dura espalda, parecida a una coraza, y veía, cuando levantaba un poco la cabeza, su estómago abombado, de color marrón, dividido por durezas arqueadas, sobre el que la manta, a punto de deslizarse hasta el suelo, apenas podía mantenerse. Sus numerosas patas, de una delgadez deplorable en comparación con su volumen corporal, vibraban desvalidas ante sus ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?» –pensó. No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, tal vez algo pequeña, aparecía tranquila entre las habituales cuatro paredes. Sobre la mesa, en la que se extendía un muestrario desordenado de mercancías de paño –Samsa era viajante de comercio–, colgaba una foto, recortada hacía poco de una revista ilustrada, y que había colocado en un bonito marco dorado. Mostraba a una dama

tocada con un sombrero de piel y cubierta con una boa también de piel, sentada muy erguida, sosteniendo frente al espectador un pesado manguito, en el que desaparecía todo su antebrazo.

A continuación, la mirada de Gregor se dirigió hacia la ventana, y el tiempo nublado –se oía cómo las gotas de lluvia repiqueteaban en el cinc del alféizar– lo puso melancólico. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco y olvidara todas estas locuras?» –pensó, pero eso era del todo irrealizable, pues estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho, y en su estado actual era imposible adquirir esa posición. Por más fuerza que empleaba en arrojarle hacia el lado derecho, siempre volvía a yacer sobre la espalda. Lo intentó cien veces más, cerró los ojos para no tener que ver las agitadas patas, y lo dejó cuando comenzó a sentir un ligero e indistinto dolor, jamás experimentado, en el costado derecho.

«¡Ay, Dios Todopoderoso!» –pensó–, «¡qué profesión tan agotadora he elegido! Siempre de viaje. Las preocupaciones profesionales son mucho mayores fuera que en el negocio, aquí en la ciudad; por añadidura, me han impuesto esta plaga de viajar, las preocupaciones por los enlaces, las comidas irregulares y malas, un trato humano siempre cambiante, efímero, nunca íntimo. ¡Que se lo lleve todo el diablo!» Sintió un ligero picor en la parte superior del abdomen; se desplazó lentamente sobre la espalda hasta la cabecera de la cama para, así, poder elevar mejor la cabeza; encontró el lugar que le picaba, cubierto con pequeños puntitos blancos, que no supo explicarse; intentó tocar el sitio con una pata, pero tuvo que retirarla de inmediato, ya que sintió escalofríos sólo con rozarlo.

Se deslizó de nuevo hasta alcanzar su posición inicial. «Esta manera de madugar» –pensó– «de convierte a uno en un completo idiota. El hombre tiene que dormir lo suficiente. Otros viajeros viven como las mujeres de un harén. Cuando yo, por ejemplo, regreso por la mañana a la pensión para transcribir los pedidos reclamados, esos señores acaban de sentarse a tomar el desayuno. Eso se lo debería proponer a mi jefe; me haría salir volando. Quién sabe, por lo demás, si eso no sería beneficioso para mí. Si no me contuviera a causa de mis padres, ya hace tiempo que habría renunciado. Me habría plantado ante el jefe y le hubiera dicho mi opinión desde el fondo de mi corazón. ¡Se habría caído del pupitre! Ya es bastante extraño sentarse

sobre el pupitre y hablar desde esas alturas con el empleado, quien, por añadidura, y debido a la dureza de oído del jefe, tiene que acercarse bastante hasta donde está. Bien, todavía no he perdido del todo la esperanza; en cuanto haya reunido el dinero para pagarle la deuda de mis padres –tendrán que pasar todavía entre cinco y seis años–, no dudaré en hacerlo. Entonces se producirá un cambio radical. Pero ahora tengo que levantarme, el tren sale a las cinco».

Miró hacia el despertador, que hacía tictac sobre la cómoda. «¡Cielo santo!» –pensó. Ya eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente; había transcurrido media hora, se acercaba a tres cuartos. ¿Acaso no había sonado el despertador? Desde la cama se podía ver que estaba puesto correctamente para sonar a las cuatro; seguro que había sonado. Sí, pero ¿era posible quedarse dormido tan tranquilo con ese ruido que hacía vibrar los muebles? Bueno, no había dormido lo que se dice tranquilo, pero probablemente con mucha profundidad. ¿Qué debía hacer ahora? El próximo tren salía a las siete, para tomarlo tendría que darse una prisa loca, y el muestrario no estaba guardado; además, no se encontraba especialmente fresco y dinámico. Y aun en el caso de que lograra coger el tren, no se podría evitar la bronca del jefe, ya que el empleado comercial había esperado en el tren de las cinco, es decir que habría comunicado ya hacía tiempo su negligencia. Ese empleado era una criatura del jefe, sin valor y sin sentido común. ¿Y qué pasaría si llamaba diciendo que estaba enfermo? Eso resultaría extremadamente penoso y sospechoso, pues Gregor jamás se había puesto enfermo en los cinco años que prestaba sus servicios. El jefe se presentaría con el médico del seguro, haría reproches a los padres a causa del holgazán de su hijo, liquidaría todas las objeciones remitiéndolas al médico del seguro, para el que sólo existen hombres completamente sanos, pero reacios a trabajar. Y, realmente, ¿no tendría razón en este caso? Gregor se sentía muy bien, si no fuera por la superflua somnolencia que le aquejaba después de haber dormido tanto tiempo; incluso tenía un hambre considerable.

Cuando pensaba atropelladamente todo esto, aunque sin lograr decidirse a abandonar el lecho –en ese instante dieron las siete menos cuarto–, alguien golpeó con cautela la puerta, situada detrás de la cama.

—Gregor —llamaron; era la madre—, ya son las siete menos cuarto. ¿No tenías que salir?

¡Esa voz tan suave! Gregor se asustó cuando escuchó su propia voz al contestar, que, sin duda, reconocía como la suya, pero en la que ahora se mezclaba un irreprimible y doloroso pitido que dejaba salir las palabras con toda claridad, aunque posteriormente, al resonar, las destruía de tal modo que no se sabía si podían escucharse con nitidez. Gregor tenía preparadas respuestas detalladas y quería explicarlo todo, pero, en consideración a las circunstancias, se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

A través de la puerta de madera apenas se debía de notar la transformación en la voz de Gregor, pues la madre se quedó tranquila con esa explicación y se retiró. Pero debido a la pequeña conversación, a los otros miembros de la familia les llamó la atención que Gregor, contra todo pronóstico, aún se encontrara en casa, y, al poco tiempo, el padre golpeó débilmente una de las puertas laterales, aunque con el puño.

—¡Gregor! ¡Gregor! —gritó—. ¿Qué ocurre?

Y después de esperar un rato, llamó de nuevo con voz más profunda:

—¡Gregor! ¡Gregor!

En la otra puerta lateral, demandaba la hermana en voz baja:

—¿Gregor? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Dirigiéndose hacia ambos lados, respondió Gregor:

—Ya estoy listo —y se esforzó, mediante una pronunciación cuidada y manteniendo largas pausas entre las palabras, por privar a su voz de todo elemento llamativo. El padre regresó a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregor, abre, te lo suplico.

Pero Gregor no pensaba abrir, sino que se felicitaba por su precaución, adquirida en los viajes, de cerrar también en casa todas las puertas por la noche.

Para empezar quería levantarse tranquilamente y sin molestias, vestirse y desayunar, luego ya pensaría en lo demás, pues se había dado cuenta de que en la cama sus cavilaciones no le llevarían a ninguna conclusión razonable. Se acordaba de haber sentido a menudo en la cama un ligero dolor, provocado quizá por una mala postura, pero que había resultado pura imaginación en

cuanto se había levantado. Sentía curiosidad por saber cómo desaparecerían paulatinamente sus sensaciones de hoy. No dudaba en lo más mínimo de que el cambio en la voz no era más que un síntoma anunciador de un recio enfriamiento, una enfermedad profesional del viajante.

Arrojar la manta fue muy fácil, sólo necesitó hincharse un poco y cayó por sí misma. Pero los movimientos siguientes resultaron difíciles debido a su exagerada anchura. Habría necesitado brazos y manos para levantarse, pero en vez de ellos poseía ahora muchas patitas que se movían ininterrumpidamente sin orden ni concierto y que él, además, no lograba dominar. Si quería doblar una de ellas, ésa era precisamente la primera en estirarse; conseguía, finalmente, que esa pata ejecutara sus órdenes, las otras se dedicaban, simultáneamente, a trabajar por sí solas, con una excitación intensa y dolorosa. «Todo menos quedarme inútilmente en la cama» –se dijo Gregor.

Primero pretendió salir de la cama con la parte inferior de su cuerpo, pero esa parte, que él, por lo demás, aún no había visto y de la que no tenía una idea correcta, se mostró difícil de mover; todo iba tan lento; y cuando finalmente, casi enfurecido, reuniendo fuerzas, se lanzó hacia adelante sin contemplaciones, comprobó que había elegido la dirección errónea; se golpeó violentamente con una de las patas de la cama y sintió un dolor ardiente, así aprendió que precisamente esa parte inferior era la más sensible de su cuerpo.

Intentó, pues, sacar primero la parte superior, y giró la cabeza con precaución hacia el borde de la cama. Lo realizó con facilidad y, no obstante su anchura y peso, la masa corporal siguió lentamente el movimiento de la cabeza. Pero cuando mantenía la cabeza en vilo fuera de la cama, sintió miedo de continuar ese desplazamiento, pues si se dejaba caer desde esa posición, tendría que ocurrir un auténtico milagro para no herirse la cabeza. Y en ese preciso instante no podía perder la conciencia, antes prefería quedarse en la cama.

No obstante, cuando, después de realizar el mismo esfuerzo, yacía suspirando en la posición original, y vio de nuevo cómo sus patitas luchaban entre sí, sin encontrar ninguna posibilidad que le permitiera instaurar orden y tranquilidad en aquel caos, se dijo una vez más que era imposible seguir

permaneciendo en la cama, y que lo más razonable sería sacrificarlo todo, aunque sólo existiera una pequeña esperanza de liberarse de la cama. Tampoco olvidó que una reflexión bien meditada es mucho mejor que una decisión desesperada. En instantes así, acostumbraba mirar lo más fijamente posible hacia la ventana, pero por desgracia, y debido a la niebla matinal, que incluso cubría la otra acera de la estrecha calle, de esa vista no se podía hacer acopio de confianza y alegría. «Ya son las siete» –se dijo al oír el despertador–, «ya son las siete y todavía hay tanta niebla». Y permaneció un rato tranquilo, con respiración débil, como si esperase que del silencio surgiera el estado real y natural de las cosas.

Pero entonces se dijo: «Antes de que sean las siete y cuarto tengo que abandonar la cama. Por lo demás, en ese espacio de tiempo vendrá alguien de la oficina para preguntar por mí, ya que el negocio se abre a las siete». Y se esforzó por balancear todo su cuerpo y sacarlo por completo de la cama. Al caer, intentaría levantar enérgicamente la cabeza, así quedaría previsiblemente indemne. La espalda parecía bastante dura, por lo que la caída sobre la alfombra no le afectaría. Sin embargo, su mayor preocupación se centraba en el ruido que produciría la caída, que probablemente se oiría detrás de todas las puertas, provocando, si no un susto, sí alarma. No obstante, tenía que correr el riesgo.

Cuando Gregor sacaba ya medio cuerpo de la cama –el nuevo método resultaba más un juego que un esfuerzo, sólo necesitaba balancearse hacia atrás–, se le ocurrió lo fácil que sería todo si alguien viniera a ayudarlo. Dos personas fuertes –pensó en su padre y en la criada– habrían bastado; sólo habrían tenido que pasar sus brazos bajo su abombada espalda, desplazarlo fuera de la cama, inclinarse con la carga y luego esperar un poco con paciencia y precaución a que diera el salto al suelo, donde esperaba que las patitas adquirieran un sentido. Bien, dejando aparte que todas las puertas estaban cerradas, ¿realmente debía solicitar ayuda? A pesar de su situación apurada, no pudo reprimir una sonrisa ante semejante pensamiento.

Ya había llegado a la situación en que apenas lograba mantener el equilibrio, y muy pronto tendría que decidirse, pues en cinco minutos serían las siete y cuarto, pero en ese instante sonó el timbre de la puerta de entrada. «Es alguien de la oficina» –se dijo, y quedó casi paralizado, mientras

sus patitas danzaban con rapidez inusitada. Por un instante todo quedó en silencio. «No abren» –pensó Gregor, aferrándose a cualquier esperanza por absurda que fuera. Pero, naturalmente, la criada, como siempre, se acercó con pasos firmes y abrió la puerta. Gregor sólo necesitó escuchar la primera palabra de saludo del visitante para saber quién era: el apoderado en persona. ¿Por qué estaba condenado Gregor a prestar sus servicios en una empresa en la que, al cometer la más mínima negligencia, ya se alimentaban graves sospechas? ¿Eran acaso todos los empleados, y él en particular, unos bribones? ¿Acaso no se encontraba entre todos ellos ningún hombre leal y honrado que, por haber descuidado un par de horas matutinas los negocios, se hubiera vuelto loco de remordimientos de conciencia y, por esa misma razón, no fuera capaz de abandonar la cama? ¿No hubiera bastado con que preguntase algún aprendiz, si realmente tanta pregunta fuese necesaria? ¿Era realmente obligatorio que viniese el mismo apoderado? ¿Y por ello se tenía que mostrar a toda la familia inocente que la investigación de asunto tan sospechoso sólo podía ser encomendada al sentido común del apoderado? Más a causa de esta agitación, provocada por sus cavilaciones, que por una decisión real, Gregor se obligó con toda su fuerza a salir de la cama. Se produjo un ruido sonoro, pero no un estruendo propiamente dicho. La caída fue amortiguada un poco por la alfombra. Además, la espalda era más elástica de lo que Gregor había pensado, por eso se produjo ese ruido sordo tan poco llamativo. Sólo con la cabeza no había sido tan precavido y se había golpeado; la giraba y frotaba con la alfombra de rabia y dolor.

–Ahí dentro se ha caído algo –dijo el apoderado en la habitación de la izquierda.

Gregor trató de imaginarse si no le podría suceder algo similar al apoderado como lo que hoy le había ocurrido a él; esa posibilidad había que reconocerla. Pero como una ruda respuesta a esa pregunta, el apoderado dio en ese momento un par de pasos e hizo rechinar sus botas laqueadas. Desde la habitación contigua de la derecha, la hermana susurró, para avisar a Gregor:

–Gregor, el apoderado está aquí.

–Ya lo sé –dijo Gregor levemente, pero no se atrevió a levantar tanto la voz como para que lo pudiera escuchar la hermana.

—Gregor—dijo ahora el padre desde la habitación contigua de la izquierda—, el apoderado ha venido y quiere saber por qué no has salido con el tren de madrugada. No sabemos lo que tenemos que decirle. Además, quiere hablar contigo en persona. Así que, por favor, abre la puerta. Él tendrá la bondad de disculpar el desorden de la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —exclamó alegremente el apoderado mientras el padre seguía hablando.

—No se encuentra bien —dijo la madre al apoderado, mientras el padre seguía hablando frente a la puerta—. No se siente bien, créame, señor apoderado. ¿Cómo, si no, perdería Gregor un tren? El muchacho no tiene otra cosa en la cabeza que el trabajo. Ya casi me enfado porque no sale nunca por la noche; estos últimos ocho días estuvo en la ciudad, pero se quedó en casa todas las noches. Se sienta aquí, a la mesa, con nosotros, y lee en silencio el periódico o estudia los horarios de trenes. Para él es una distracción cuando se dedica a la marquetería. En dos o tres noches, por ejemplo, ha fabricado un pequeño marco. Se quedará sorprendido al ver lo bonito que es. Está colgado dentro, en la habitación. Ahora mismo podrá verlo, cuando Gregor abra la puerta. Por lo demás, estoy contenta de que esté aquí, señor apoderado, nosotros solos no habríamos conseguido que Gregor abriese la puerta, es tan tozudo; y seguro que se encuentra mal, aunque lo ha negado por la mañana.

—Voy en seguida —dijo Gregor lentamente y pensativo, sin moverse para no perderse ni una sola palabra de la conversación.

—De otro modo, estimada señora, no me lo puedo explicar —dijo el apoderado—, espero que no sea nada serio. Si bien, por otra parte, no puedo omitir que nosotros, comerciantes —como se quiera, por fortuna o por desgracia—, tenemos que superar a menudo pequeñas indisposiciones en aras del negocio.

—Bueno, ¿puede entrar ya el apoderado en tu habitación? —preguntó el padre impaciente, y llamó de nuevo a la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación contigua de la izquierda reinó un silencio desagradable; en la habitación contigua de la derecha, la hermana comenzó a sollozar.

¿Por qué no iba la hermana a reunirse con los demás? Lo cierto es que

acababa de levantarse de la cama y aún no había comenzado a vestirse. ¿Y por qué lloraba? Tal vez porque su hermano no se levantaba, no dejaba entrar al apoderado en su habitación, porque corría el riesgo de perder su empleo y el jefe, luego, perseguiría otra vez a los padres con sus viejas pretensiones. Pero ésas, por ahora, eran preocupaciones innecesarias. Gregor todavía estaba con ellos y no pensaba abandonar a su familia. Por el momento yacía sobre la alfombra y nadie que conociera su estado habría reclamado de él que dejara pasar al apoderado. Pero a causa de esa pequeña descortesía, para la que más tarde encontraría fácilmente una disculpa adecuada, Gregor no podía ser despedido de inmediato. Y a Gregor le parecía que lo más razonable sería dejarle en paz por ahora en vez de molestarlo con lloros y discursos. Sin embargo, era precisamente la incertidumbre la que afligía a los demás y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —elevó la voz el apoderado—, ¿qué ocurre? Se atrinchera en su habitación, responde simplemente con sí y no, hace que sus padres se preocupen innecesariamente y, sea dicho sólo de paso, descuida sus deberes laborales de un modo inaudito. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe y le pido con toda la seriedad una explicación inmediata y clara. Estoy asombrado, asombrado. Creía conocerle como a un hombre tranquilo, razonable, y ahora, de repente, parece como si quisiera hacer alarde de un humor extravagante. El jefe me indicó esta mañana el posible motivo de su falta —hacía referencia al cobro que hace poco se le confió—, pero casi estuve dispuesto a dar mi palabra de honor de que ese motivo no era cierto. Pero ahora le veo hacer alarde de esta obstinación y pierdo del todo cualquier deseo de interceder por usted. Y su posición no es la más sólida. Al principio quería decírselo a solas, pero como me está haciendo perder aquí el tiempo inútilmente, no sé por qué sus señores padres no tendrían que enterarse. En los últimos tiempos su rendimiento ha sido muy insatisfactorio; es cierto que no es precisamente la mejor temporada para hacer negocios, eso lo reconocemos, pero no existe la temporada en la que no se haga ningún negocio, señor Samsa, no puede haberla.

—Pero, señor apoderado —exclamó Gregor fuera de sí y olvidó a causa de la excitación todo lo demás—, si abro ya, de inmediato. Un ligero malestar, un mareo me ha impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ahora ya

me encuentro bien. Ya estoy saliendo de la cama. ¡Sólo un poco de paciencia! La cosa no va tan bien como creía. Pero estoy mejor. ¡Cómo puede ocurrirle esto a una persona! Ayer por la noche me encontraba muy bien, mis padres lo saben, o mejor, ayer por la noche ya tenía un ligero presentimiento. Sólo tendrían que haberme mirado. ¿Por qué no lo he comunicado en la oficina? Siempre se cree que la enfermedad se puede superar sin permanecer en casa. ¡Señor apoderado! ¡Respete a mis padres! Para todos los reproches que usted me hace no hay ningún fundamento; nadie me ha dicho nada de eso. Probablemente usted no ha leído los últimos pedidos que le he mandado. Además, todavía puedo salir de viaje con el tren de las ocho; estas dos horas de reposo me han fortalecido. No se detenga más aquí, señor apoderado, me pongo a trabajar en seguida. ¡Tenga la bondad de decirlo y transmita mis respetos al jefe!

Y mientras Gregor expulsaba precipitadamente todas estas palabras sin saber realmente lo que decía, se había ido acercando, gracias a los ensayos realizados en la cama, hasta la cómoda, y ahora intentaba incorporarse.



Realmente quería abrir la puerta, quería que le viesen y hablar con el apoderado; sentía curiosidad por saber lo que los demás, que tanto reclamaban su presencia, dirían al verle. Si quedaban aterrorizados, entonces Gregor ya no tenía ninguna responsabilidad más y podía permanecer tranquilo. Si lo tomaban todo con serenidad, entonces tampoco tenía ningún motivo para inquietarse y, si se daba prisa, podría estar en la estación a las ocho. Al principio resbaló varias veces por la superficie lisa de la cómoda, pero finalmente dio un último impulso y permaneció erguido; no prestó atención a los dolores en el abdomen, por más que le provocasen fuertes ardores. Se dejó caer contra el respaldo de una silla próxima, y se sostuvo en los bordes con ayuda de las patitas. Con ello había logrado alcanzar cierto dominio sobre sí mismo; a continuación enmudeció para escuchar de nuevo al apoderado.

—¿Han podido entender alguna palabra? —preguntó el apoderado a los padres—, ¿no se estará burlando de nosotros?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre entre sollozos—, probablemente está muy enfermo y lo estamos atormentando. ¡Grete! ¡Grete! —gritó.



—¿Madre?—gritó la hermana desde la otra parte. Se entendían a través de la habitación de Gregor.

—Ve inmediatamente al médico. Gregor está enfermo. Rápido, al médico. ¿Has oído hablar a Gregor?

—Era una voz de animal—dijo el apoderado en un tono bajo, en comparación con los gritos de la madre.

—¡Ana! ¡Ana!—gritó el padre hacia la cocina a través del recibidor, y dio unas palmadas—. ¡Trae en seguida a un cerrajero!

Las dos mujeres corrieron haciendo susurrar las faldas por el recibidor —¿cómo se había podido vestir la hermana con tanta rapidez?—, y abrieron con brusquedad las puertas de la casa. No se escucharon las puertas al cerrarse, las habían dejado abiertas, como suele acontecer en las viviendas en las que ha ocurrido una gran desgracia.

Gregor, sin embargo, se había tranquilizado. No entendían sus palabras, aunque las había pronunciado con claridad, con mucha más claridad que antes, tal vez se debía a que su oído se había habituado. En todo caso, creían que algo no iba bien y se disponían a ayudarlo. La confianza y seguridad con que habían tomado las primeras decisiones le hicieron bien. Se sintió incluido de nuevo en el género humano y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con precisión, unos rendimientos sorprendentes y fenomenales. Para lograr una voz clara ante las dos conversaciones decisivas que se avecinaban, carraspeó un poco, pero esforzándose por hacerlo levemente, ya que con toda probabilidad ese ruido sonaría todo menos humano, lo que él ya no se atrevía a juzgar. Mientras tanto, en la habitación contigua reinaba ahora un profundo silencio. Quizá los padres estaban sentados con el apoderado a la mesa y cuchicheaban, quizás estaban todos pegados a la puerta y escuchaban.

Gregor se desplazó lentamente hasta la puerta, apoyado en la silla, allí la dejó y se arrojó sobre la puerta, manteniéndose erguido —los pulpejos de sus patitas poseían un poco de sustancia adhesiva—, allí permaneció un rato para recuperarse del esfuerzo. Luego intentó girar la llave, insertada en la cerradura, con la boca. Por desgracia, parecía carecer por completo de dientes en sentido estricto —¿con qué podría asir la llave?—, sin embargo las mandíbulas eran muy fuertes; con su ayuda logró mover la llave, pero no

se dio cuenta de que se estaba causando algún daño, pues un fluido marrón manó de su boca, resbaló por la llave y goteó sobre el suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación contigua—, está girando la llave.

Eso animó en gran medida a Gregor; pero todos tendrían que haberle animado, también el padre y la madre: «¡Ánimo, Gregor!», tendrían que haber exclamado: «¡Adelante, duro con el cerrojo!» Y con la idea de que todos seguían sus esfuerzos con atención, mordió la llave con todas sus fuerzas, como si careciera de sensibilidad. Seguía el giro de la llave en el cerrojo; según la necesidad, mantenía la llave recta en la boca, pendía de ella o la presionaba hacia abajo con todo el peso de su cuerpo. El claro sonido del cerrojo al abrirse hizo que Gregor volviera realmente en sí. Dando un suspiro, se dijo: «No he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir la puerta.

Como tuvo que abrir así, aunque la puerta ya permanecía abierta, él, sin embargo, todavía no quedaba visible. Se vio obligado a rodear lentamente una de las hojas de la puerta y, además, con mucha precaución, pues al entrar en la habitación no quería caer torpemente de espaldas. Aún se encontraba ocupado en realizar ese difícil movimiento, y sin tiempo para prestar atención a otras cosas, cuando escuchó al apoderado exclamar un «¡Oh!» en voz alta —sonó como el silbido del viento—, y entonces vio cómo el apoderado, el más cercano a la puerta, se llevaba la mano a la boca y retrocedía lentamente, como si le impulsara una fuerza invisible, continua y uniforme. La madre —aún estaba, pese a la presencia del apoderado, con el pelo suelto y de punta de haber dormido— miró primero, con las manos unidas, al padre, luego avanzó dos pasos hacia Gregor y cayó en medio de su falda desplegada, con el rostro oculto en el pecho. El padre mostró el puño con expresión hostil, como si quisiera hacer retroceder a Gregor hacia la habitación, luego miró con inseguridad a su alrededor, abarcando todo el salón, se tapó los ojos con las manos y lloró con tal fuerza que su poderoso pecho se agitó.

Gregor no penetró en la habitación, sino que se apoyó en el panel interior de la puerta, de tal modo que sólo se podía ver la mitad de su cuerpo y, por encima, la cabeza inclinada, con la que espiaba a los demás.

Mientras tanto, había ido penetrando la claridad. Ahora se discernía con nitidez un fragmento de la interminable casa gris situada al otro lado de la calle —era un hospital—, con sus ventanas rompiendo bruscamente y a intervalos regulares la fachada; aún llovía, pero eran gotas grandes, claramente discernibles, como si fueran arrojadas a la tierra una por una. La numerosa vajilla del desayuno estaba sobre la mesa, pues para el padre el desayuno era la comida más importante del día, prolongándolo, además, durante horas con la lectura de varios periódicos. Justo en la pared de enfrente colgaba una fotografía de Gregor del servicio militar, en la que aparecía con el uniforme de teniente, la mano en el sable, sonriendo despreocupado, exigiendo respeto para su actitud y su uniforme. La puerta que daba al recibidor estaba abierta, y se podía ver, ya que también la puerta del salón permanecía abierta, la entrada a la vivienda, así como el inicio de la escalera que conducía hacia abajo.

—Bien —dijo Gregor, plenamente consciente de que él había sido el único que había mantenido la calma—, me vestiré en seguida, guardaré el muestrario y saldré. ¿Queréis, queréis dejarme partir? Bien, señor apoderado, ya ve que no soy tozudo y me gusta trabajar; viajar es fastidioso, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va, señor apoderado? ¿A la oficina? ¿Sí? ¿Informará de todo conforme a la verdad de lo sucedido? Uno puede quedarse incapaz de trabajar un lapso de tiempo, pero entonces llega el instante oportuno de acordarse de los rendimientos alcanzados anteriormente y de pensar que más tarde, cuando el impedimento haya desaparecido, se podrá trabajar con más ahínco y nuevas fuerzas. Le debo tanto al jefe, eso ya lo sabe usted muy bien. Por otra parte, tengo la preocupación de mis padres y de mi hermana. Estoy en un apuro, pero me recuperaré de nuevo. No me lo haga más difícil de lo que es. ¡Manténgase de mi parte en la oficina! Nadie quiere a los viajeros, ya lo sé. Se piensa que ganan una fortuna y se pegan la gran vida. Nadie tiene la necesidad de meditar sobre ese prejuicio. Sin embargo, usted, señor apoderado, usted tiene una mejor perspectiva sobre las circunstancias laborales que el resto del personal, más aún, dicho con plena confianza, usted tiene una mejor perspectiva que la del jefe, pues él, en su condición de empresario, se deja guiar erróneamente en sus decisiones en perjuicio de un empleado. Asimismo, usted sabe muy bien que el viajante, que casi todo



el año se encuentra fuera de la oficina, puede ser víctima fácil de rumores, casualidades y quejas sin fundamento, contra las que le resulta imposible defenderse, ya que ignora la mayoría de ellas, y sólo cuando regresa agotado a casa sufre sus consecuencias en las propias carnes, resultando ya su origen impenetrable. ¡Señor apoderado, no se vaya sin decirme una palabra que demuestre que me da la razón al menos en una mínima parte!

Pero el apoderado ya había dado media vuelta desde las primeras palabras de Gregor, y sólo se atrevía a mirarle con los labios apretados y por encima del hombro espasmódico. Y mientras duró el discurso de Gregor, no pudo mantenerse un instante quieto, sino que se fue retirando hacia la puerta sin perderle de vista, aunque lentamente, como si existiera una prohibición secreta que impidiese abandonar la habitación. Llegó al recibidor y, por el repentino movimiento con el que sacó el pie del salón, se podría haber creído que la suela de su zapato ardía. En el recibidor, extendió la mano derecha hacia la escalera, como si allí le esperase una salvación ultraterrenal.

Gregor comprendió que de ningún modo podía dejar que el apoderado se fuera en ese estado de ánimo, pues podría poner en serio peligro su puesto en la empresa. Los padres no lo entendían así; durante largos años se habían hecho a la idea de que Gregor, en el puesto que ocupaba, tenía la vida resuelta y, además, se encontraban ahora tan inquietos con las nuevas preocupaciones que carecían de toda previsión. No obstante, Gregor era previsor. El apoderado tenía que ser detenido, tranquilizado, convencido y, por último, se lo tenían que ganar. ¡El futuro de Gregor y de su familia dependía de ello! ¡Si la hermana hubiera estado presente! Ella era inteligente, ya había llorado cuando Gregor aún yacía tranquilo de espaldas. Y seguro que el apoderado, tan amigo de las mujeres, se habría dejado manejar por ella, quien habría cerrado la puerta de la casa y habría intentado, en el recibidor, tranquilizarle del susto. Pero la hermana no estaba allí, Gregor era el que tenía que actuar. Y sin reparar en que todavía no conocía sus capacidades para desplazarse, sin pensar en que su discurso probablemente no se había entendido, abandonó la puerta, atravesó el umbral, y quiso dirigirse hacia el apoderado, que ya había alcanzado la barandilla del rellano, a cuyo pasamanos se aferraba de un modo ridículo. Pero, buscando un asidero, Gregor cayó sobre sus innumerables patitas, lanzando un pequeño grito.

Una vez en el suelo, Gregor experimentó por primera vez en la mañana una sensación de bienestar corporal; bajo las patitas había un suelo firme, obedecían perfectamente, como advirtió con alegría; más aún, mostraban la tendencia a desplazarle hacia donde quería; entonces creyó que la definitiva mejora de sus padecimientos sería inmediata. Pero en ese mismo instante, cuando yacía tambaleante, intentando dominar sus movimientos, no muy lejos de su madre, a la que tenía justo enfrente, ésta dio un salto repentino, aunque parecía ensimismada, extendiendo los brazos y estirando los dedos de las manos. Al mismo tiempo gritó:

—¡Por el amor de Dios, ayudadme!

Luego mantuvo la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, pero, en contradicción con la postura adoptada, retrocedió con ademán indeciso. Había olvidado que detrás de ella estaba la mesa puesta, así que se sentó sobre ella, como ida, y pareció no notar que a su lado, de la jarra de café volcada, caía el negro líquido a raudales sobre la alfombra.

—Madre, madre —dijo Gregor en voz baja, mirándola desde abajo. El apoderado desapareció por el momento de su mente. Por otra parte, apenas pudo impedir abrir y cerrar las mandíbulas en el aire ante el café derramado. Al verlo, la madre volvió a gritar, huyó de la mesa y cayó finalmente en los brazos del padre, que había ido a su encuentro. Pero Gregor ya no tenía tiempo para preocuparse de sus padres, el apoderado estaba en las escaleras. Con la barbilla apoyada en el pasamanos, miró hacia Gregor por última vez. Gregor tomó ímpetu para lograr alcanzarlo, pero el apoderado debió de sospecharlo, pues saltó varios peldaños de una vez y desapareció. No obstante, todavía gritó un «¡Oh!» que resonó por todas las escaleras. Por desgracia, la huida del apoderado pareció confundir al padre, quien hasta ese momento se había mantenido relativamente tranquilo, pues en vez de salir detrás del apoderado o de, al menos, impedir a Gregor que lo persiguiera, agarró con la mano derecha el bastón que el apoderado había dejado abandonado sobre un sillón, junto con el sombrero y el sobretodo, y tomó de la mesa con la mano izquierda un periódico, dedicándose a hacer retroceder a Gregor con grandes pisotones y agitando periódico y bastón. No ayudaron las súplicas de Gregor, tampoco fueron entendidas; en cuanto inclinaba la cabeza humillado, el padre pisaba más fuerte. La madre, a pesar

del tiempo tan frío que hacía, abrió la ventana y sacó completamente el rostro cubierto con las manos. Entre la calle y la escalera se formó una fuerte corriente de aire, los visillos se hincharon, los periódicos que estaban sobre la mesa volaron, algunas hojas se arrastraron por el suelo. El padre, inexorable, no dejaba de acosarle, dando silbidos como un salvaje. Gregor, sin embargo, no tenía ninguna experiencia en andar hacia atrás, por lo que se desplazaba con extremada lentitud. Si Gregor hubiera podido volverse, ya estaría en su habitación, pero temía impacientar a su padre con el tiempo que tardaría en girar; además, en todo momento le amenazaba el golpe mortal del bastón, ya fuera en la espalda o en la cabeza. Finalmente, a Gregor no le quedó otra opción, pues advirtió con horror que al andar de espaldas era incapaz de mantener la dirección, así que comenzó a darse la vuelta con toda la rapidez de que era capaz, es decir demasiado lento, y sin cesar de lanzar temerosas miradas oblicuas a su padre. Quizás el padre notó su buena voluntad, ya que no se lo impidió, más bien se dedicó a dirigir los movimientos de giro a un lado y a otro desde la distancia y con la punta del bastón. ¡Si al menos el padre hubiese podido dejar de emitir aquellos silbidos! A Gregor lo volvían loco. Ya se había dado prácticamente la vuelta, cuando, siempre obsesionado por el silbido, se equivocó y recorrió un trecho en la dirección contraria. Pero, finalmente, cuando se encontraba ya feliz encarando la abertura de la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar sin más. Al padre, en su estado de ánimo, no se le ocurrió ni por asomo abrir la otra hoja de la puerta para permitir la entrada de Gregor. Sólo tenía una idea fija: que Gregor penetrase en la habitación lo más rápido posible. Jamás habría permitido las preparaciones que Gregor necesitaba hacer para incorporarse y, de ese modo, tal vez, poder pasar por la puerta. Todo lo contrario, comenzó a incitar a Gregor para que avanzase armando mucho más ruido, como si no existiera ningún impedimento. La voz que sonaba detrás de Gregor ya no parecía pertenecer a un único padre; tampoco era el momento de bromas, y Gregor se abalanzó hacia el umbral, ocurriera lo que ocurriese. Una de las partes de su cuerpo se elevó, así que quedó encajado en el umbral con el cuerpo torcido. El flanco quedó arañado, y en la puerta, de color blanco, quedaron feas manchas. Apenas se podía mover, las patitas de uno de los lados temblaban en el aire, las del otro